

UN ANÁLISIS DE LA SINTAXIS DESEMANTIZADA

Estamos tan lejos del alma de la vida que nos abstenemos del alma de las palabras, es decir, de los significados que nos dan vida. Don Miguel de Unamuno proclamaba: «¡Sin la palabra no se piensa!» y hoy, más que nunca, debemos pensar el mundo y pensarnos en él.

Si el vocablo *sintaxis* reclama fervoroso orden desde su etimología, pocos lo escuchan, pues la escritura actual «se divierte», verbo que heredamos del latín con el sentido original de ‘distraerse, apartarse, desviarse, alejarse, ir por caminos distintos, ser diferente’. Y se divierte hasta para comunicar la telaraña de desdichas en que nos enredamos día a día gracias a la voz implacable de los medios. Los hechos infaustos son noticia siempre; el hablar o el escribir correctamente nunca porque no se valoran las palabras. En nuestros tiempos, en los que el único deber es «divertirse terriblemente» —son palabras de Oscar Wilde—, la sintaxis se debilita; la descuidan quienes desconocen su lengua, quienes ni respetan la estructura de las oraciones ni reparan en la compatibilidad semántica de las palabras que aquellas contienen porque lo importante es comunicar sin pausa, no, expresarse bien. Se va perdiendo la competencia normativa. La escritura muestra profundas limitaciones, su raquitismo lingüístico y, como decía San Agustín, su «vacuidad copiosa». Por supuesto —como enseña Salvador Gutiérrez Ordóñez—, ni la Sintaxis, ni el Análisis del Discurso, ni la Lingüística del Texto enseñan a escribir bien, sin embargo, «la Sintaxis es esencial para que el escritor tenga seguridad en la corrección de sus enunciados; el Análisis del Discurso y la Lingüística del Texto son muy útiles para no cometer errores estructurales y formales en el género en el que escribe, para evitar incoherencias y ambigüedades, para no dejar cabos sueltos, para disponer de recursos y de técnicas de creación...». Cuando falta esa formación, padecemos titulares periodísticos como el siguiente: «Pierde la vida y muere». Es imposible leer esta oración sin reconocer que el periodista quiso confirmar con vehemencia la muerte de esa persona con un pleonismo verbal, que, sin duda, conduce a un equívoco, pues parece que el dolor que le causó a la víctima la pérdida de su propia vida lo condujo a la muerte.

Como se advierte, escribir se escribe, pero no se presienten ni la lectura posterior ni la corrección circunstanciada. Nadie revisa los textos, y se publican o se exponen con errores para negar categóricamente que «el dominio instrumental de la lengua es la base de todas las disciplinas» (Salvador Gutiérrez Ordóñez).

Así como la letra de cada persona revela su equilibrio o su desequilibrio emocional, la sintaxis de su escritura también espeja su formación cultural; su procedencia; lo que siente; lo que piensa, si piensa; su estado de alma; y hasta lo que no sabe y atenta contra el concepto de gramaticalidad. ¿Qué podríamos decir ante este ejemplo?: «Un auto atropella a un hombre y se da a la fuga». Advertimos, a veces con sorpresa, que hoy es muy común en la prosa periodística personificar automóviles, camiones y hasta motos. Miguel de Unamuno escribió que no hay nada «más arraigado en el hombre que su tendencia a antropomorfizarlo todo...». Y tenía razón.

Nuestra escritura es nuestra imagen; somos lo que escribimos y cómo lo escribimos, pero muchas personas olvidan esto y, con total despreocupación, componen mensajes sin reflexionar sobre ellos:

Borra tu EDAD !!!
 Rostro - Memoria - Huesos - Corazon ...
 Unicos por su Calidad y Concentracion
 Hidrolizados de Colageno
 y Elastina
 Por su Excelente calidad es para tomar o para uso externo

Por supuesto, el nombre del producto no aparece en el texto. Primer error gravísimo. El contenido ya nos indica que debe de ser muy muy especial, pues «borra» la edad —con tres signos de exclamación de cierre después de un espacio—, el rostro, la memoria, los huesos, el corazón, y puntos suspensivos erróneos por estar separados de la palabra «corazón», que aparece sin tilde como «únicos», «concentración» y «colágeno», quizá, para enfatizar tanta «borradura». Esos tres puntos nos indican que nos borra del planeta para cumplir con la frase «no somos nada». ¿Qué será de quien lo descubra y lo beba, o le dé uso externo? *Borrar* denota ‘hacer desaparecer’. ¿Lo sabía quien redactó este texto? La «edad» no puede borrarse. Si seguimos leyendo con atención, parece que la edad, el rostro, la memoria, los huesos y el corazón son únicos por su calidad y concentración. Luego aparecen los «hidrolizados de colágeno y elastina» con mayúsculas inexplicables o intencionales para superlativizar las bondades del producto sin nombre. Más nos asombra aún el sintagma causal que cierra el texto: «Por su Excelente calidad es para tomar o para uso externo», y «Excelente», con mayúscula. ¿Solo la calidad permite su empleo sin inconvenientes? En ese caso, un detergente también puede ser un producto de excelente calidad, pero no debe beberse ni pasarse por el cuerpo. La ausencia de tildes y de comas y puntos nos habla de un texto anárquico, sin armonización, es decir, las palabras se combinan, pero discuerdan y generan una significación ambigua.

En el ámbito policial, la pluma de los periodistas vuela para crear con poca inspiración sinsentidos que corroboran el descuido con que se dicen las palabras: «Según los datos preliminares, el fallecimiento del cadáver data de hace siete días». Reflexionemos: si el cadáver murió «hace siete días», ¿cuándo murió la persona antes de convertirse en cadáver? Este desdoblamiento desventurado —¿primero murió la persona; después, el cadáver?— raya en lo imposible. Nunca mejor avenidas las palabras del prudente y virtuoso Lotario cuando le dice a Anselmo en el «Capítulo XXXIII» de la Primera Parte del *Quijote*: «Mira que el que busca lo imposible es justo que lo posible se le niegue». Y a este periodista se le niega la verdad de los significados, y su léxico está en crisis.

Escribir significa pensar, dialogar, imaginar con cordura, no lanzar sobre el papel palabras para que el lector las ordene y extraiga un contenido. Un texto no debe construirse como un rompecabezas. No se escribe para que los lectores lo descodifiquen, sino para que lo entiendan desde la primera lectura.

En la actualidad, se advierten defectos sintácticos recurrentes. Por ejemplo: la alteración del orden de las palabras, que suele originar ambigüedades; supresión y uso indebido de las preposiciones; gerundios poco ortodoxos; verbos de conjugación desorientada; oraciones extremadamente largas, como las jurídicas o las médicas, o inconclusas.

Cada oración es un texto, por lo tanto, debe cuidarse como tal, es decir, debe tener un orden y una estructura: el comienzo, el desarrollo y el final, y cumplir con las normas académicas generales y locales. Los ejemplos demuestran que hay muchas personas versadas en errores porque los repiten hasta el cansancio sin pudor. Usar productivamente la gramática no significa estudiar todos los libros de Gramática que lleguen a nuestras manos ni hacer de manera automática interminables análisis sintácticos, sino reflexionar sobre las palabras, sobre el para qué y el porqué de esas voces que elegimos y a las que debemos asignar un lugar digno en la oración a fin de que comuniquen significados. De lo contrario, devendrá un caos como lo son estas palabras de un periodista televisivo: *Los subterráneos es un tema que dispara aristas a lugares diferentes*. Sin querer, ha definido su precario estado lingüístico.